

## EL AMANTE

El pueblo era tan pequeño que sus escasos habitantes, los pocos que permanecían allí (muchos habían emigrado a otros lugares buscando mejor vida), ni siquiera tenían agua corriente ni luz eléctrica en condiciones. A las casas llegaba, una oscilante y caprichosa electricidad, que lo mismo encendía o apagaba la única bombilla permitida por vecino. No conocían lo que pasaba al otro lado de las montañas, ni parecía importarles mucho. Eran como una gran familia con sus trifulcas y sus apasionamientos particulares. Los hombres discutían y se peleaban por un liño más o menos de cepas en sus viñas alegando que el vecino había metido el arado intencionadamente para apropiarse de lo ajeno. Las mujeres siempre pendientes de lo suyo, como fieles guardianas de la casa, tratando de minimizar los gastos y convencer a los maridos de ser tenidas en cuenta, cosa difícil en una comunidad donde el duro trabajo del campo y la escasa economía llevaban a algunos hombres a refugiarse en la bebida, como un escape a una realidad difícil. Las mujeres formaban corrillo por las calles cuando iban a hacer la compra y se enfrascaban en largos conciliábulos, con las cabezas casi juntas, temiendo que alguien escuchara lo que sólo ellas estaban dispuestas a compartir con aquellas otras que le ofrecían confianza. Los maridos eran la principal fuente de sus quejas, la economía,

la segunda, y los hijos..., aquella legión de zánganos, como algunas les llamaban. Solían decir que los chavales les daban muchos dolores de cabeza. La escuela era unitaria y el maestro estaba casi siempre enfermo con su reúma, y apenas podía atenderlos como era debido. Los hombres jugaban a las cartas en la taberna y las mujeres se consolaban en su fe asistiendo a las misas y las novenas, a las procesiones; a escuchar los largos sermones que el párroco predicaba desde el púlpito sobre los Evangelios y prometía en nombre de Dios el goce de la vida eterna para los bienaventurados. Pero un invierno, la tranquilidad aparente del pueblo, se vio amenazada por una noticia que corrió de boca en boca e intranquilizó a los vecinos y, en cierto modo, tuvieron motivo para comunicarse y hablar del tema los unos con los otros de la noticia que tanto les afectaba. Cierta noche, un vecino que regresaba del campo a lomos de su caballería, más tarde de lo habitual, ya de noche cerrada, dijo haber visto una especie de luz parpadeante como si alguien la llevase en lo alto de la cabeza y cuya vestimenta consistía en una especie de sábana alrededor del cuerpo que se confundía con el blancor de las tapias del cementerio. Pronto se habló de un fantasma, de una aparición o de algún ser desconocido procedente de otro planeta. La noticia fue tomando fuerza a medida que los vecinos aseguraban que era cierto que una figura vestida de blanco y portadora de una luz, al parecer de un farol, se dejaba ver cerca del cementerio. La historia se fue contando de tantas formas y maneras según la entendía el

narrador del cuento. Lo que permanecía fiel en el relato era el color de la túnica y la luz brillante que parecía llevar sobre la cabeza aquella aparición nocturna. Y tanto fue el temor que suscitó aquella imagen desconocida, que las casas se cerraban a cal y canto al oscurecer. Se escuchaba el chirriar de los cerrojos de una casa a otra y, para colmo, cuando el viento, como ellos decían, se llevaba la luz eléctrica, y se quedaban a oscuras en la noche, el peligro parecía acrecentarse y la imagen del fantasma era más auténtica y cercana. Tanto malestar produjo el asunto, que los vecinos se envalentonaron y armados con palos y aperos de la labranza, salieron a dar una batida y a desenmascarar a aquel ser extraño fuera lo que fuese. Esas batidas fueron infructuosas y hasta valieron para desengañarse de tamaña habladuría. Sin embargo, el temor y la desconfianza prevalecieron por mucho tiempo. Los cerrojos continuaron corriéndose en las puertas, menos en una. En esa casa, cuando los vecinos se retiraban y las calles se quedaban desiertas, un visitante, ya si disfraz, una noche más que otra, visitaba de incognito, secretamente, en la seguridad de que nadie lo identificaría, a una dama que lo esperaba con los brazos abiertos. Aquella treta del fantasma había sido lo único que se le había ocurrido a este personaje para que la gente del pueblo, atemorizada, se recogiese temprano y el pudiera campar a sus anchas como dueño y señor de una libertad que le estaba vedada.